

José es un niño de 9 años que vive con su abuelo, el cual es un aficionado a la cría de abejas. El patio de su casa está repleto de numerosas colmenas, y José siempre ha tenido la curiosidad de ver qué ocurre en el interior de estas. Más de una vez ha intentado acercarse a ellas para echar un vistazo, sin éxito alguno, pues su abuelo siempre le pillaba cuando estaba a escasos metros de las colmenas. Una tarde de verano, aprovechando que su abuelo estaba dormido en su sillón, José vio la oportunidad perfecta para inspeccionar las numerosas colmenas que había en su jardín. Sin hacer mucho ruido, se dirigió a la puerta trasera que conectaba con el jardín, y lentamente, la fue abriendo. En cuanto puso un pie en el césped, no se lo pensó dos veces y echó a correr en dirección a las colmenas. Cuando se posó frente a ellas, no pudo evitar sentir emoción y felicidad a la vez. El calor sofocante (pero reconfortante en esos momentos) y la tranquilidad que le transmitía el sonido causado por las abejas, le hicieron cerrar los ojos. Se sentía tan bien, tan tranquilo, que incluso notó cómo su tamaño disminuía y su cuerpo era transportado a otro lugar. Siendo consciente de que eso era imposible y que sería producto de su imaginación, mantuvo los párpados cerrados durante unos segundos más.

Solo cuando dejó de sentir el césped rozar contra sus tobillos, decidió abrir los ojos, quedando en shock ante la imagen que estaba presenciando. Todo a su alrededor era de un color amarillo anaranjado, y de todas partes caía una sustancia espesa que le resultaba muy familiar. Miel. No podía creer lo que estaba viendo. Giró su cabeza para ver qué había a sus espaldas, y se percató de que detrás de él, se encontraba su jardín, y no pudo evitar darse cuenta de que su tamaño había disminuido considerablemente. Volvió a mirar al frente, y solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo; a su alrededor había infinidad de abejas. Con miedo a ser descubierto, se escondió detrás de lo que parecía ser un barril. Su cerebro no procesaba la información que estaba recibiendo, por lo que le era inevitable moverse o llegar a gesticular alguna palabra. Tras unos minutos, escuchó cómo alguien se acercaba a donde él estaba escondido. José era un niño muy curioso, por lo que no pudo evitar asomar la cabeza por encima del barril, encontrándose con unos ojos saltones y negros que le miraban fijamente. Sin saber que más hacer, gritó todo lo que pudo, llamando así la atención del resto de abejas. Sentía como una sensación de miedo y angustia le invadía, pero aun así, no era capaz ni de moverse para salir corriendo. Cada vez se veía con menos posibilidades de salir con vida, y solo podía hacerse preguntas: “Ahora que me han descubierto, ¿me matarán y harán miel conmigo?”. “¿Mi abuelo se comerá esa miel?” “No, definitivamente eso es imposible” “Aunque encoger y entrar en una colmena llena de abejas también lo era y mírame...”. Se veía sin escapatoria, y el pánico se iba apoderando de él poco a poco, hasta que dejó de sentir, de escuchar, de ver... Sintió cómo una luz le daba directamente en los ojos, y no pudo evitar removerse incomodo. Estaba tumbado sobre una superficie suave y cómoda, parecida a... ¿una cama? Escuchó la llamada de su abuelo para que bajara a desayunar. “Espera, ¿qué?”. Tal y como escuchó la voz de su abuelo se levantó de la cama, todavía en shock por lo que acababa de pasar.